



## D. MARIANO JIMENEZ.

Las revoluciones dan el resultado, entre otros muchos, de revelar impensadamente las aptitudes de muchos, que ni remota idea tenían de lo que es una revuelta, para la guerra, y de atraerlos á ella con más fuerza que la que el imán emplea para atraer el hierro. Esto, que con demasiada frecuencia se ha visto en nuestra larga serie de luchas intestinas, sucedió con el caudillo de la Independencia Don Mariano Jiménez.

Fué alumno de la Escuela de Minería de México, donde hizo sus estudios especiales, y en el momento de estallar la revolución de Dolores, se encontraba en Guanajuato como empleado en las minas de la localidad, en compañía de Don Rafael Dávalos y de otros antiguos alumnos del mismo plantel. A pesar de que el cuadro de horror y de matanza que presencié en Granaditas no era el más á propósito para inspirarle una alta idea de la revolución, el anhelo de independencia que estaba tan arraigado ya entre los criollos, le hizo alistarse entre las filas de los insurgentes. Hidalgo, que probablemente ya lo conocía, se apresuró á atraérselo, y apenas supo su determinación, le dió el grado de Coronel.

El nuevo insurgente estaba ansioso de acreditar su competencia, y por cierto que no le iban á faltar ocasiones en medio de aquella lucha á muerte que empezaba. Desde luego fué destinado á la vanguardia; y

el lunes 8 de Octubre de 1810 salió á la cabeza de tres mil hombres por el camino de Silao; dos días después lo siguió el grueso del ejército, y el 16 del mismo mes entraba en Valladolid, precediendo en un solo día al Generalísimo. En la promoción de Acámbaro fué hecho Teniente General y en la marcha sobre México ocupó el puente de Atenco, con lo que obligó á Trujillo á retroceder al Monte de las Cruces, para no ser cortado, y á abandonar el paso de Lerma. Se portó valientemente en la acción mandando una ala del ejército, y situó una batería tan bien enfilada, que sus fuegos molestaron mucho á los realistas. Al día siguiente de la acción, el 31 de Octubre, Jiménez, con el carácter de parlamentario, bajó con otros tres oficiales, en un coche escoltado por cuatro dragones, hasta las goteras de la capital. En Chapultepec se le hizo detener y desde ahí envió al Virrey Venegas el pliego de que era portador, y permaneció algunas horas en espera de la respuesta, hasta que llegó ésta, verbal y perentoria: que ningún trato podía haber con los rebeldes y que él (Jiménez) debería retirarse inmediatamente, si no quería que le hiciesen fuego.

El mariscal acompañó á Allende á Guajuato, donde activó la fundición de cañones que hacía Dávalos, y tomó otras disposiciones para la defensa de la ciudad; mandó personalmente la batería que en Marfil estuvo molestando á los realistas, y se retiró de la ciudad cuando se cercioró de que la defensa no podía prolongarse más, después de haber intentado continuarla desde el cerro del Cuarto, en la madrugada del 25 de Noviembre. Pasó en seguida á Zacatecas, en camino á Guadalajara, pero antes de llegar á esta última ciudad, en la Hacienda del Molino, Allende le dió la comisión (Noviembre de 1810) de que fuese á propagar la revolución á las provincias internas, donde la idea había atraído numerosos partidarios, y de donde enviaban quejas los revolucionarios de San Luis.

Refiere Alamán que Jiménez sacó de Guadalajara una fuerza de diez á once mil hombres, pero es indudable que en esto también

está equivocado el historiador, pues ni un hombre sacó Jiménez de allí, y en la relación de Fray Gregorio de la Concepción, se dice que cuando el mariscal llegó á las Charcas, tenía doscientos hombres, y no es creíble que tratándose de voluntarios, como eran los soldados insurgentes, se desertasen en tal cantidad hasta dejar casi abandonado á su jefe. El objetivo de Jiménez era llegar al Saltillo, pero cuando supo que el realista Cordero lo esperaba, procuró reunir gente, y á ese fin llamó á Fray Gregorio, que se había hecho de bastantes recursos en San Luis; unidos ambos, continuaron el avance, haciéndose de bastantes hombres en el camino y aumentando su ejército con los soldados de las Compañías presidiales, que eran bastante aguerridos.

El ejército insurgente llegó á contar con siete mil hombres y veintiocho cañones; los primeros no todos estaban armados, y los indios de Mezquitic eran una chusma informe; en cuanto á los segundos, eran poco eficaces; sin embargo, con esos elementos, se presentó batalla á Cordero, que tenía dos mil hombres, verdaderos soldados, el 6 de Enero de 1811, en el punto llamado Agua-nueva, cercano al Saltillo. A los primeros tiros, el ejército realista se pasó al insurgente, y Cordero tuvo que huir, pero á poco fué hecho prisionero por sus mismos soldados.

A consecuencia de la victoria, fué ocupada la ciudad de Saltillo, y se consiguió que el Gobernador del Nuevo Reino de León, Don Manuel Santa María, se declarase en Monterrey por la Independencia, con lo que la insurrección se extendió por todas las provincias internas y llegase hasta los límites de la Colonia con los Estados Unidos. El Obispo Marín, imitando á su colegas de Valladolid y de Guadalajara, dejó su Diócesis, y dirigiéndose á Soto la Marina, se embarcó con rumbo á Veracruz y México. El Capitán Casas se apoderó de San Antonio Béjar, capital de Texas, y aprehendió al Gobernador Salcedo, así como á Herrera, ex-Gobernador del Nuevo Reino de León. La revolución en aquellas extensísimas comarcas se había propagado con más rapi-

dez que en el interior, y no quedaba por el Rey más fuerza que la de Ochoa, que por un momento amenazó cortar las comunicaciones del Saltillo, haciéndose fuerte en el Puerto del Carnero, pero destacado oportunamente el Capitán de presidiales, Treviño, derrotó completamente á Ochoa. El camino para los derrotados de Calderón quedaba libre, y Jiménez, que ya tenía noticia de esta derrota, despachó una fuerza á Matheuala, para escoltar á los Generales, mientras él se dirigía á Saltillo á preparar los alojamientos de todo el viaje, en unión del Gobernador de Coahuila, nombrado por él y que se llamaba Don Pedro Aranda.

En la hacienda de Buena Vista se reunió Jiménez á los Generales, para seguir la misma triste suerte que éstos, y ya en Saltillo asistió á la Junta de oficiales superiores que resolvió sobre la renuncia definitiva de Hidalgo y el nombramiento de Rayón para jefe del ejército. Las noticias de la contra-revolución de Béjar y las continuas deserciones del destacamento de Monclova, le inspiraron serios temores y lo obligaron á apresurar la salida de los Generales, la que se verificó el 15 de Marzo; tuvo alguna desavenencia con Allende por el envío que hizo éste de Cordero al Saltillo, á causa de que sospechaba de él. A pesar de los numerosos avisos que tenían de que estaban vendidos, la excesiva confianza que Jiménez y Fray Gregorio de la Concepción tenían en Elizondo, parece que fué la causa principal de que caminasen descuidados y sin enviar la tropa por delante.

El día de la traición de Bajan, caminaba Jiménez en el coche de Allende, cuando Elizondo les intimó rendición, éste trató de defenderse y se trabó una refriega que hubiera hecho más víctimas, á no mediar Jiménez, que, como todos, quedó bien custodiado y fué atado como los demás prisioneros, aunque después se vió libre de ligaduras, hasta que el mismo Cordero, á quien había defendido cinco días antes, no dió orden de que se le atase de nuevo. Llevado á Chihuahua se le formó causa, que se distingue de las demás por los testimonios de simpatía que le prodigaron los testigos, y

por los muchos pormenores que de la revolución en las Provincias Internas contiene. Todo lo declarado en esa causa, dice Alaman, es muy honroso para Jiménez, quien no solo se condujo con mucho tino y acierto en sus operaciones, sino también con mucha humanidad con los españoles, á los que no persiguió en sus personas y despojó de sus bienes, dando una prueba señalada de caballerosa generosidad con el Gobernador de Coahuila, Don Antonio Cordero, que habiendo sido cogido después del desastre de Agua-nueva, por sus mismos soldados y entregado al lego Villerías, que fué en su alcance, recelando Jiménez por lo que conocía del carácter de éste, que el prisionero no sería tratado con la consideración que deseaba, mandó un oficial con un coche para conducirlo, y no sólo lo dejó en libertad, sino que lo recibió y lo alojó en su casa. El ánimo oprimido con la relación de tantos hechos atroces, descansa cuando encuentra una acción generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo, en cuyas manos cayó por las vicisitudes de las revoluciones, el que con ella se había hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco común en aquel tiempo."

Jiménez no encontró gracia ante sus Jueces, á pesar de su conducta generosa; condenado á muerte, fué ejecutado el 26 de Mayo de 1811, en la plaza de Ejercicios de Chihuahua, en compañía de Allende, de Aldama y de Don Manuel Santa María, y su cabeza fué colocada en uno de los ángulos de Granaditas. El Congreso de 1824 lo declaró benemérito de la Patria y mandó inscribir en letras de oro su nombre, en el salón de sesiones del Congreso. El Colegio de Minería, del que fué digno alumno, jamás se ha ocupado de honrar la memoria del bravo insurgente, que aun entre los primeros caudillos consiguió hacerse notable.

En los anales de dicho Colegio encontramos las siguientes noticias referentes á los estudios que allí hizo el Mariscal Jiménez. Procedía de una acomodada familia de mineros establecida desde muchos años

atrás en la ciudad de San Luis Potosí. Ingresó en 1796 y en 14 de Noviembre sustentó acto público de matemáticas, hasta Geometría; en el año siguiente terminó el estudio de esa ciencia, y en 23 de Octubre presentó el respectivo acto, bajo la dirección de su Profesor, Don Andrés José Rodríguez; en 1798, siendo su Profesor Don Francisco A. Bataller, cursó Física, asignación de la que tuvo acto el 29 de Octubre; en 1799 estudió Química en la clase de Don Luis Lindner, sustentando el acto público el 30 del mismo mes de Octubre; en 8 de Noviembre del siguiente año de 1800, y patrocinado por su Profesor Don Andrés Manuel del Río, presentó acto de Orictognosia, Geognosia y Labores de Minas. Como en todos sus exámenes había tenido notas muy favorables, en 8 de Enero de 1802 fué Jiménez declarado apto para salir á práctica, y sus superiores consultaron la conveniencia de mandarlo á Zacatecas ó Guanajuato; pero el Tribunal de Minería dispuso que fuese á Sombrerete, por haber ya bastantes practicantes en los minerales citados.

A los pocos días salió para su destino, pero habiéndose comprometido el Marqués de Rayas á recibir á Jiménez en su negociación de Guanajuato, y á su compañero Alvarez Ruiz en la de Catorce, el Tribunal acordó la translación de ambos alumnos, y en Febrero de 1803 pasó Don Mariano á Guanajuato. Terminada su práctica, vino á esta capital á sustentar su examen de perito minero, en 19 de Abril de 1804, y después de disfrutar de algunos meses de descanso, regresó á aquel Mineral, donde su inteligencia y asiduidad le habían asegurado un puesto en la mina de Rayas. Ahí lo sorprendió la revolución de Independencia, en la que tan activa parte tomó, según hemos visto.

---